



El sonido del silencio

Ahora que la primera edición de OB STARE ha llegado a la gente y estoy trabajando en el segundo número y pensando en el tercero, y en el del primer aniversario y en el de dentro de cinco años, es cuando realmente me estoy dando cuenta de lo laborioso del trabajo que hemos realizado todas las personas involucradas en la publicación de esta revista: desde los/as colaboradores/as hasta la imprenta, el señor de correos, el servicio de traducción, el maquetado, la fotografía... A la vuelta del viaje de París en el que Jan Tritten nos ofreció la semilla de OB STARE, sólo tuve dos opciones: pensar y pensar que podría ser posible, sin hacer nada más, y volver a pensar dentro de diez años que hubiera podido ser posible y que tenía que haberme arriesgado, o lanzarme al vacío confiando en el vuelo. Inconscientemente, tomé esta segunda opción, y ahora no tengo palabras para agradecer a quien deba hacerlo, mi decisión. Interiormente, casi sin decir nada, yo lo había decidido mientras oía hablar a Jan, así que confié y alcé el vuelo, aunque a medida que se acercaba la fecha de salida de la primera edición de la revista comenzaban a surgir los miedos, las dudas, las inseguridades, las prisas, las desconfianzas... En el momento en el que entregué las revistas en la oficina de correos sentí tal entusiasmo que no pude bajar mi propio ritmo hasta bastantes días después, a pesar de sentirme al límite; el entusiasmo, la alegría y la fuerza se habían apoderado de mí. Mi estado me recordaba al de las mujeres que he visto parir en casa que, después del trabajo de parto y nacimiento, por muy largo e intenso que haya sido, están tan eufóricas que ni se les ocurre echarse a dormir: todo es alegría, todo es entusiasmo, todo es plenitud... Desean estar todo el tiempo con el bebé, mirarlo/la, besarlo/la, acariciarlo/la... Darse una ducha y empezar a llamar a la familia y los/as amigos/as para presentarle a su bebé al mundo... A este respecto, siempre me he preguntado porqué hay tantas mujeres que, tras un parto

normal hospitalario se sienten agotadas, sin fuerza, sin energía, con ganas de dormir, con deseo de que se lleven aunque sea unas horas al bebé para ellas poder descansar... ¿Por qué existe esta diferencia? ¿Por qué tan pocas mujeres se sienten eufóricas y entusiasmadas en el hospital?

Cuando las veo y escucho me da la sensación de que les falta el enamoramiento, el flechazo entre madre e hijo/a, el sentirse derretida... ¿Por qué existe esta diferencia, si fisiológicamente todas las mujeres somos iguales, o al menos muy parecidas?

Tras la publicación del primer número de OB STARE he *reaprendido* algo que había aprendido por primera vez en el primer parto en el que estuve presente: la importancia del *silencio*.

El placer, la presencia y el sentimiento del silencio. Su sonido...

Cuando nacemos, el cordón deja de latir. Morimos y nacemos en un instante. Al contemplar este proceso rebotamos de alegría y felicidad, y lo celebramos.

Luego, a veces sin saber porqué, el corazón deja de latir, y los que entonces observamos sólo sentimos la tristeza, el recuerdo, la melancolía, las lágrimas, el abandono y la ilusión de que nos estarán viendo, acompañando y amando estén donde estén.

Me pregunto si quizás haya algo que celebrar...



Dedicamos esta revista a Kurt Habenicht. Su corazón dejó de latir el 4 de agosto de 2001.

Eva Darías Esteban

Gracias a la Fundación Internacional Osho (www.osho.com) y a Gaia Ediciones por el permiso de reproducción de la imagen central perteneciente al Tarot OSHO ZEN.